

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Que acceda, y será tratado
Como cumple á su decoro,
Que en ello le iba la vida;
Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso
De un terror supersticioso
Que ha tiempo le han sugerido
Papantzin y los astrólogos.

Juzgó ya llegado el tiempo
De bajar del alto solio,
Cumpliendo con el mandato
De los dioses poderosos.



En litera y con la guardia
De sus nobles, salió á poco,
Y al cuartel del castellano
Llegó conducido en hombros;

Y en un oscuro aposento,
Despues de quedarse solo,
Dejó que corriera el llanto
Por sus mejillas, copioso.

ROMANCE III

EL COMBATE.

Cortés partió á Cempoala
Donde estaba rebelado
Contra él Pánfilo Narvaez
Con ochocientos soldados;
Y Moteuczoma cautivo
Queda en el ibero campo
Bajo la ruda custodia
Del capitan Alvarado.

Vencido quedó Narvaez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á México orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.

Turbóse, empero, el contento
De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos
En grave apuro alarmados;

Pues halló que los guerreros
Y los nobles mexicanos,
Sufrir mas tiempo no quieren
La prision del soberano;

Y halló que disperso en masas
Hierve atroz el populacho,
En azoteas y torres
Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza,
No sin perjuicio y estragos,
El proyectil de sus hondas
Y el golpe aleve del dardo!

Combates hay día á día
En las plazas y en los atrios,
Y arroyos zanja las calles
De sangre roja de bravos.

En su encierro Moteuczoma,
Desde un balcon enrejado,
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;
Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo,
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.

Y... ¡qué tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole al sueño dulce
La grata paz y el descanso!



De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea mas alta
De su prision, rodeado

De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
A quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años,

Apareció Moteuczoma
A su pueblo alborotado,
Cuando en lucha formidable
Aztecas y castellanos,

Entre alaridos de muerte
Y cantares de entusiasmo,
Pelean con noble brío
Y con denuedo bizarro;

Cuando hispana artillería
Fuego vomita y espanto,
Muerte y exterminio cunde
Poblando de humo el espacio.

Al ver al rey, cesa todo,
Dóblanse frentes y manos,
Y un hondo silencio reina
Sin que ose nadie turbarlo.

Entonces se oye el acento
Solemne, sonoro y claro
Del monarca que un instante
Pudo mandar á sus labios,

Y exclamó:— ¡Súbditos míos,
Nobles guerreros! si acaso
Por afecto á mi persona
Armásteis el fuerte brazo,

Y hostilizais á esos hombres,
Sabed que son mis aliados,
Y que en su cuartel gustoso
Entre ellos la vida paso;

Os agradezco el cariño
Que me mostrais, y lo guardo,
Y yo sabré dignamente
Cual corresponde, premiarlo.

Si provoca vuestra cólera
Que el tiempo se haga ya largo
De su mansion en mi reino,
Pronto habrán de abandonarlo,

Pues que me lo han prometido
Y su palabra me han dado,
Y cumplirán lo que ofrecen,
Que son valientes é hidalgos.

Cese así, pues, vuestro encono
Y dejad de hostilizarlos,
Y demostrad que sois fieles
Al señor que habeis jurado

Ciega obediencia; cayendo
Si osais hacer lo contrario,
La cólera en vuestras frentes,
De los dioses irritados.»

En silencio aun mas profundo
 Los guerreros aztecanos
 Quedáronse sumergidos,
 Pero solo un breve rato;

Pues cual suele en la espesura
 Del monte escucharse airado
 El ronco rugir del mixtli '
 Que á su hambre no encuentra pasto,

Así se oye la voz ruda
 De Quauhtemotzin, que alzando
 Con brazo nervudo y fiero
 La visera de su casco;

Cubierto de sangre y lodo,
 Y sus miradas fijando
 En el augusto semblante,
 Clama con acento áspero:

— «¿Y tú eres el que nos hablas
 De esa manera, menguado?
 ¿Tú el que baldonas mi extirpe
 De nobles antepasados?

¿Tú el cobarde, tú el que vendes
 La patria á viles extraños,
 Y el que por miedo se entrega
 Prisionero entre sus manos?

Deja que corra la sangre,
 Si no has sabido evitarlo,
 Y el débil huso y la rueca
 Maneja torpe entretanto,
 Que mientras hilas tranquilo,
 Aquí la muerte esperamos,
 Y moriremos con honra
 Los que nacimos honrados.»

Y diciendo estas palabras
 Asió tembloroso el arco,
 Del cual contra el rey al punto
 Partió una flecha silbando.

Como las aguas del rio
 Al encontrar á su paso
 Cortada á pico, en las cumbres,
 La pendiente de un barranco,

Con ímpetu se desbordan
 Ondas tras ondas, rodando
 Sin que la corriente pueda
 Detener el curso raudó,

Así las hirvientes olas
 De aquel atroz populacho,
 De Quauhtemotzin al punto
 El torpe ejemplo imitando,

Se precipitan furiosas
Contra su rey indignado;
Y de improperios y piedras
Puebla al instante el espacio.
Y aunque el noble Moteuczoma,
De dos rodelas armado,
Quiere defender el cuerpo
Del furor de sus vasallos,
 Recibe en la augusta frente
Un golpe de honda, y airado,
Al descubrirse, le clavan
Aguda flecha en un brazo. . . .

Se baña en su sangre, cae,
De furia y de rabia pálido,
Y en hombros de sus ministros
Es conducido á su cuarto.



¡Cunde la horrible noticia;
Tiembla el valor castellano;
El pueblo grita entusiasta
Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO.

Un solo instante aparece
Tras de los montes la luna,
Y el viento en torno á su frente
Torvo nublado acumula.
 Ni un astro errante en el cielo
Con pálida luz fulgura,
Y algo de fúnebre y triste
La creacion entera anuncia.

Ruje el aquilon. La noche
Con densa, impalpable bruma,
Ciudades, valles, montañas,
En la lóbreguez sepulta;

Y en el cuartel castellano
Como siniestras y mudas
Fantasmas, los caballeros
Por los corredores cruzan.

Algunos de ellos sombríos
Un triste lecho circundan
En una estancia pequeña
Que tétrica luz alumbra.



Sobre una estera de iczotl¹
De fino algodón y plumas,
El infeliz Moteuczoma
Delira con faz difunta.

Contra su pueblo insolente
Imprecaciones murmura,
Y nada mas que á su pueblo
Su horrenda desgracia imputa.

¹ Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen, aun hoy día, finas esteras.

Siéntase de pronto atónito
Sobre el lecho; se espeluzna,
Y vé á Xoloe entre llamas
Y entre torcidas columnas
De humo denso, que le grita
Y que lo llena de injurias;
Y lo escarnece, riendo,
Y de su dolor se burla.

—«Ya lo ves, Xoloe le dice,
Cuán bárbara y cuán injusta
Fué tu sentencia; ya miras
Que mi prediccion te abruma.»

Y rie Xoloe; las llamas
Por doquiera lo circundan,
Y el duro arteson quemado
Sobre él, al fin, se derrumba

Con grande estrépido. Oye
El rey un grito de furia,
Que más que los aquilones
Fiero en sus oídos zumba,

Y una imprecacion satánica
Que se pierde en la confusa
Niebla de la triste noche,
Como su conciencia, oscura.

Postrado en el lecho cae,
De frio sudor la adusta
Frente cubierta, y abriendo
Los ojos, el agua busca,

La bebe y con torpe mano,
Flaca, pálida y convulsa,
Quiere arrancar de su mente
Las visiones que la turban.

En vano; la pesadilla
Vuelve, y otra, y otras muchas,
Sin que hallen término dulce
Las penas que le atribulan.

Y el treinta del mes Junio
De quinientos veinte, á la una
De la noche, dejó el mundo
Del cual no gozára nunca.

Fué grande y fué poderoso,
Y justiciero; lo juzga
Así la historia, aunque hay alguien
Que de inhumano lo acusa.

Acaso; pero si injusto
Fué, en situaciones algunas,
Tambien era con su suerte
Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna
Y un instante no tributa
Triste homenaje á la ira
Que la razon sana ofusca?

¿Quién, al llegar á las puertas
De esa mansion que es la última,
No siente el pecho culpable
Con fiero aguijon que punza?....



Cortés y sus capitanes,
Al ver con pena profunda,
Con las sombras de la muerte
Velarse la frente augusta,
Lloraron fin tan siniestro,
Y fué aquel llanto la única
Ofrenda al régio cadáver,
Sobre el polvo de la tumba.

